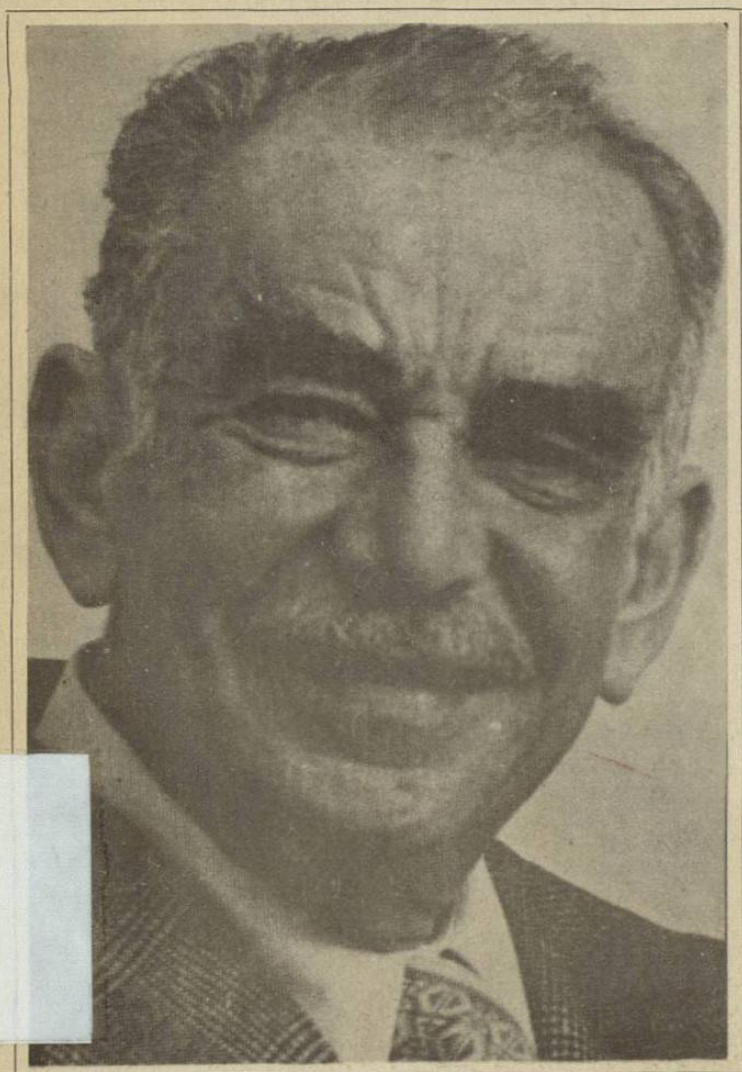


La palabra que trasciende



05-766
1981

LE7
.124
.A849
A4
c.1

LE7

.124

.A849

A4

c.1

Handwritten notes in blue ink, including a large number '8' and other illegible characters.



1080127015

141245

La palabra que trasciende

PRESENTACION

El alma del profesor y periodista José Alvarado se extinguía en silencio el día de ayer.

En su vida, José Alvarado dejó tras de sí una vida dedicada a la palabra escrita. Muchos años de defender la dignidad de nuestra patria se vivieron en la Universidad Nacional Autónoma de México, desde la Escuela de la Universidad Autónoma de Nuevo León y así se vivió a través de sus obras y publicaciones de esta.

En este día la hoy Universidad Autónoma de Nuevo León se lamenta por su partida.

Este día se vive una gran tristeza por la partida de un hombre que con su palabra y su vida se dedicó a la defensa de nuestra patria.

En este día se vive una gran tristeza por la partida de un hombre que con su palabra y su vida se dedicó a la defensa de nuestra patria.



SUPLEMENTO ESPECIAL DE

ARMAS Y LETRAS

Organo oficial de la

Universidad Autónoma de Nuevo León

UANL B. U. "Raul Rangel Frías"
Documento Donado por:
Lic. Federico Paéz Flores

LE7

.124

A849

A4



UANL B. U. Raúl Rangel Fries
Documento Donado por
La Biblioteca Raúl Rangel Fries

PRESENTACION

La vida del Ex-Rector y periodista José Alvarado se extinguió el pasado 22 de septiembre.

Con su muerte física, José Alvarado deja tras de sí una vida profesional dedicada a la palabra escrita. Muchos años de defender la dignidad del hombre desde su cátedra en la Universidad Nacional Autónoma de México, desde la Rectoría de la Universidad Autónoma de Nuevo León y con su pluma a través de importantes diarios y semanarios del país.

Su paso por la hoy Universidad Autónoma de Nuevo León no fue tan duradero como era deseado.

Pero en ese corto tiempo nos legó algo que será impercedero en todas las generaciones de universitarios: la defensa de los valores universitarios.

"No concluye el debate, porque persiste la explotación de los cuerpos y de los espíritus", dijo Pepe Alvarado, el 5 de Mayo de 1962 en el llamado "Año de Zaragoza".

Se ha ido Pepe (así le llamaron cariñosamente amigos y discípulos), y el debate continúa.

Ahí queda, para siempre, la prosa bohemia que le dictó su gran cerebro.

La Universidad Autónoma de Nuevo León ha querido rendirle un homenaje editando para los nuevos universitarios cuatro de sus principales mensajes. Sus palabras primeras como Rector. Su discurso del 5 de Mayo de 1963 y el mensaje que fue un "yo acuso" a las conciencias, al renunciar a la Rectoría de nuestra Universidad.

Incluimos también el que al parecer fue su último artículo. Un mensaje a sus compañeros de la generación de 1924 del Colegio Civil leído horas antes de que sufriera su trágico accidente.

José Alvarado ha muerto, y su mayor mérito es haber sido un hombre de bien.

JOSE ALVARADO

MENSAJE

A LOS
UNIVERSITARIOS
DE NUEVO LEON

MONTERREY, N. L., OCTUBRE DE 1961.

Quien llega a la rectoría de la Universidad de Nuevo León, obtiene un honor y adquiere una responsabilidad. El primero es muy superior a mis merecimientos y lo recibo con modestia. Asumo la segunda con pleno conocimiento de sus dimensiones y sus riesgos.

Mis primeras palabras son para los estudiantes. Constituyen la porción más sensible del pueblo universitario y la Universidad ha sido hecha para ellos. Comienzan su camino en horas difíciles, cuando muchas hipótesis aceptadas largo tiempo como ciertas y hasta convertidas en dogmas, pierden todo su valor. En todas las universidades de la Tierra se oyen ecos del debate sobre los destinos del mundo, donde algunos parecen empeñados en condenar al suicidio a todos los hombres y al planeta a la desintegración inexorable. Ha sido contrariada la misión de la ciencia, instrumento de creación degradada a medio de aniquilamiento; las Humanidades degeneran empleadas como propaganda de un oscuro pasado o de lo caduco y negativo del presente. Hay un rito farisáico de la cultura y mucha tinta envenena las páginas con el miedo y el odio.

Pero no es lícito aceptar el pesimismo como signo de nuestro tiempo, ni resignarse a la confusión. Frente a los hechos sombríos y los anuncios funestos, hay otros con profundo sentido afirmativo. Millones de seres sometidos durante siglos han alcanzado su libertad e irrum-

pen vigorosamente en la historia. Hoy es mayor el número de hombres libres y más enérgico el impulso contra la miseria, la sumisión y la ignorancia. En todos los idiomas hay palabras nuevas para señalar a los mortales la conquista de una vida redimida y resucita la vieja voz que un día postuló en el ágora la perfectibilidad humana.

En México hay un dilatado horizonte para el anhelo y la voluntad. Millones de seres aspiran a la redención y zonas enteras de la sustancia nacional requieren a la inteligencia para transformar el caos. Lo disperso en nuestra realidad espera todavía la unidad y el orden y falta llevar la justicia a quienes aún padecen hambre y sed de ella. La obra aguarda. Los jóvenes mexicanos no tienen motivo para pasar por la vida como una generación desesperada.

A la proverbial misión de la universidad moderna: impartir la enseñanza profesional, establecer la investigación científica y organizar la expresión de la cultura, se añade hoy la tarea de rescatar la dignidad de la ciencia y de las Humanidades. La primera, pervertida y cómplice de la muerte, debe tornar al servicio de la vida. Las segundas, empleadas en una liturgia capciosa, han de recuperar su calidad como instrumentos de la soberanía del espíritu.

Debo decir a los jóvenes que la Universidad fue hecha para ellos, mas no para el paso por las aulas con indolencia, frivolidad o afán de tumulto, ni la precipitada y desaprensiva búsqueda de títulos para amparar el ejercicio mediocre, incompetente y simulado de profesiones respetables. Nuestras escuelas no han sido establecidas para cubrir apariencias, ni proporcionar el nombre de médicos o curanderos sin capacidad ni sentido moral o el de abogados a rúbulas sin honor ni respeto a sí mismos. La Universidad de Nuevo León aspira a dar al pueblo cirujanos eficientes, ingenieros capaces, químicos preparados, buenos arquitectos; profesionales aptos, en suma. Pretende, además, que todos los universitarios nuevoleonenses posean una concepción clara del mundo que habitan, la época en que viven y las grandes cuestiones humanas. La inscripción en cada uno de los planteles debe significar el compromiso irrevocable de alcanzar la dignidad intelectual y la competencia técnica para la práctica de una profesión.

El sentido ético es un elemento de la cultura y una condición inseparable de la actividad universitaria. La inteligencia no puede divorciarse del ideal de la conducta. Mas no se trata del acatamiento pasivo y externo a formas de escaso o nulo contenido, sino de una actitud vital permanente, producto de las decisiones entrañables y resultado de un equilibrio interior. El ingreso en los salones de clase debe constituir también un pacto de los jóvenes con la Universidad: defender cada uno su dignidad moral.

En toda Universidad viva y con aliento verdadero, se desarrolla un debate inextinguible entre la tradición y el impulso renovador. Así sucede, por fortuna, en la nuestra. Si así no fuera, sería una asamblea de fantasmas bizantinos y yo el primero en invitar a los jóvenes a dispersar las sombras. Seamos devotos de las lecciones perdurables de los clásicos; pero intransigentes con quienes pretenden conservar fórmulas marchitas, por inepticia, pereza o cobardía. Hay espectros de hipótesis difuntas y algunos porfían en imponerlas al espíritu como si se tratara de verdades vivas o resucitadas. Hay técnicas obsoletas y afirmaciones rectificadas por la ciencia. Pero el hombre contemporáneo pide a la Universidad la ciencia y la técnica de hoy, no las de ayer o antes de ayer y necesita la cultura de nuestro tiempo, no de la Edad Media, ni del siglo XVIII. En la Universidad de Nuevo León no debe haber altares para los ídolos del Foro. No es un claustro para supervivientes adormecidos por la nostalgia, sino una morada para seres de hoy, con las cifras vivas de la técnica, la ciencia y la cultura.

Pero si la Universidad aspira a que cada uno de sus miembros posea en alto grado de dignidad moral y dignidad intelectual, no pretende formar una casta de sabios alojados en una torre de marfil, ni sacerdotes de secretos esotéricos. No podemos olvidar que una gran masa de mexicanos carece todavía de los bienes materiales y espirituales necesarios para el mínimo nivel de vida civilizada.

La suerte de la Universidad de Nuevo León está ligada al destino de México. Su nacimiento y su desarrollo obedecen al progreso económico y político del país; la libertad que existe en sus aulas es hija de los grandes movimientos populares y de la reforma uni-

versitaria de 1929. El futuro de la nación es nuestro futuro.

Hace apenas unos cuantos lustros, esta Universidad era sólo un proyecto en las mentes de unos jóvenes inquietos. A su fundación y crecimiento han contribuido las virtudes más altas de la comunidad regiomontana. En los muros de nuestra casa quedan las huellas de la audacia creadora y la sobria energía de varones infatigables y generosos. El sueño de ayer es ahora presencia viva. Monterrey impone a sus universitarios la norma de trabajar con fidelidad y sin reposo.

Universitarios de Nuevo León: llego a la rectoría muy escaso de méritos y muy pobre en aptitudes. Sólo traigo sinceridad y fe; el empeño de servir lealmente y la ya larga, pero nunca fatigada devoción a mi tierra nuevoleonesa y a las aulas de mi juventud. Conozco, eso sí y en alma propia las angustias del estudiante y las zozobras del maestro.

No ignoro la gravedad de los problemas. Destaco uno que ofrece dos aspectos por igual inquietantes: la sobrepoblación escolar de un lado y la deserción del otro. Pero sé que la solución puede encontrarse con el concurso de todos los universitarios.

He aceptado tan grave responsabilidad porque considero que hay llamados que nadie tiene derecho a eludir.

Mis propósitos son claros y su enunciado es breve: conservar el decoro de la Universidad nuevoleonesa, mantener en sus aulas la dignidad de la conducta y el pensamiento, proseguir la obra de mis antecesores. Pido la colaboración de todos para ello.

Envío a todos los maestros de la Universidad un saludo cordial y me inclino ante la memoria de quienes fui su alumno y ya han partido para siempre.

Protesto servir a la Universidad de Nuevo León.

ZARAGOZA

JEFE DE CHINACOS

CONTINUA

A CABALLO

Por JOSE ALVARADO

Monterrey, 1962

Discurso pronunciado el día 5 de mayo de 1962, en la Plaza Zaragoza,
en el acto conmemorativo del Centenario de la gloriosa Batalla.

Han pasado cien años. El México de 1862 estaba herido, a tres lustros apenas de la mutilación del 47 y bajo la tiniebla de la incertidumbre. A muchos ojos extraños pareció la imagen de un pueblo incipiente, condenado al aniquilamiento y a la sumisión. Pero un día como hoy, un grupo de combatientes en penuria, con un joven miliciano norteco a la cabeza, expresó para siempre la voluntad mexicana no sólo de vivir, sino de vivir con libertad.

Muchas horas patéticas han transcurrido para nuestro pueblo en esta centuria; pero la luz del Cinco de Mayo permanece inextinguible y el aliento de Ignacio Zaragoza continúa victorioso. Un siglo después venimos a rendir testimonio de su acierto. No se equivocó cuando eligió la bandera de los liberales, ni fue estéril su empeño. En el México de 1962 se prosigue el afán por una vida más alta, libre de la miseria, la ignorancia y el engaño y el fuego de la actual esperanza se nutre con el mismo combustible que ardió en las almas republicanas para defender a Puebla.

No nos reúne el rito a un bronce inerte, ni la liturgia estéril en torno a unas palabras desvanecidas. Estamos aquí porque la sangre de Zaragoza late en estos países que un eufemismo denomina subdesarrollados y corre por las venas de quienes tienen que vender mano de obra barata. Esta escultura monumental de

Ignacio Asúnsolo no es el signo para identificar el sepulcro donde unos huesos se transforman definitivamente en polvo, sino el aviso de que todavía no concluye el esfuerzo. Nos juntan aquí la fe en la aptitud popular para una vida creadora y libre y el propósito de elevar la sustancia mexicana.

El Cinco de Mayo no es el registro en un archivo del pasado, ni la fecha desteñida en unos papeles amarillentos por el olvido. Forma parte de nuestros mejores recuerdos, pero pertenece a nuestro tiempo. Los carabineros que rechazaron en Loreto y Guadalupe a los invasores, establecieron la doctrina de rechazo a las intervenciones e indicaron el derecho de cada pueblo a su autonomía y a su propia determinación. El sentido de la hazaña permanece vivo y actual.

Es tiempo, sin duda, de contemplar desde una nueva perspectiva la historia nacional. Ya no es México el país del siglo diecinueve su pueblo es distinto y otro el mundo al que pertenecemos. Es mayor el número de mexicanos libres y más grande la cantidad de bienes a nuestro servicio. Hay la vieja crónica ingenua y sentimental de nuestra existencia, escrita con tinta adolescente y lugareña, poblada por espectros y reducida, a veces a drama menudo y a conseja trivial, salvada sólo por páginas fulgurantes de vigor polémico o atisbos como relámpagos. Pero existe una trama áspera y grandiosa, formada por el hambre y el luto, el sudor, la desesperación y el anhelo de muchos seres, el afán persistente y universal hacia la superación humana y la ambición de identificarse con todos los pueblos de la Tierra. A esa historia que no sólo es de México, sino de todos los hombres, pertenecen las fatigas de Ignacio Zaragoza. Héroe de quienes están ciertos en la perfectibilidad de la especie y en la capacidad de cada pueblo para conquistar el señorío de sí mismo; pero simple medio de topografía urbana o rural, aceptado con rencor y a fuerza, por quienes hubieran preferido estatuas a los invasores y sus caballerangos y quisieran liberar a México, pero de los mexicanos.

Está concluido el debate en México sobre muchas cuestiones menores de la pasada centuria y nadie pretende exhumar rencores ínfimos. Pero la gran polémica nacional sigue abierta y no es culpa, por cierto, de los

herederos de Zaragoza, partidarios de hacer de México un país moderno y libre y de los mexicanos un pueblo próspero y cabalmente autónomo. No fue Zaragoza el agresor en 1862, ni son ahora sus continuadores los que agreden, los que persiguen ni los que engañan. La discusión sobre los grandes problemas sigue en pie porque ni la Independencia, ni la Reforma, ni la Revolución han llegado a sus victorias definitivas y prosiguen, por una parte el aliento contra la injusticia y, por la otra, la conspiración contra la justicia, el engaño y la falsificación. Hidalgo es excomulgado todos los días, Juárez maldito y Madero escarnecido; los libros de texto son calumniados por gratuitos y la libertad de expresión sufre quebrantos.

No, no ha concluido la polémica, porque persiste la explotación de los cuerpos y de los espíritus. La palabra chinaco es ahora injuria y ser maestro resulta un oficio despreciable, mientras aparecen como paladines los enriquecidos en los más altos puestos públicos.

No concluye el debate, pero Zaragoza continúa a caballo y no será abatido su estandarte. Ignacio Zaragoza, jefe de chinacos y promotor de un nuevo México.

A LOS
UNIVERSITARIOS

MONTERREY, N. L. 1963.